



Ursula K. Le Guin

CUENTOS DE TERRAMAR

minotauro

Ursula K. Le Guin

CUENTOS
DE TERRAMAR

minotauro

I

En la Época Oscura

Ésta es la primera página de *El libro de la oscuridad*, escrito hace aproximadamente seiscientos años en Berila, en Enlad:

Después de que Elfarran y Morred fallecieran y de que la Isla de Soléa se hundiera bajo el mar, el Concilio de los Sabios gobernó en lugar del niño Serriadh hasta que éste se hizo cargo del trono. Su reinado fue esplendoroso pero breve. Los reyes que le siguieron en Enlad fueron siete, y su reino aumentó en paz y en riqueza. Luego, los dragones vinieron por sorpresa a atacar las tierras del oeste, y algunos magos salieron en vano a luchar contra ellos. El Rey Akambar trasladó la corte de Berila en Enlad a la Ciudad de Havnor, desde donde ordenó a su flota que atacara a los invasores desde las Tierras de Kargad, y la condujo de regreso hacia el este. Pero todavía entonces enviaron barcos atacantes incluso hasta el Mar Interior. De los catorce reyes de Havnor, el último fue Maharion, que hizo las paces tanto con los dragones como con los Kargos, aunque sufriendo por ello muchas pérdidas. Y después de que el Anillo de las runas se rompiera, y de que Erreth-Akbe muriera con el gran dragón, y de que Maharion el Valiente fuera asesinado por traición, parecía que nada bueno podía suceder en el Archipiélago.

Muchos reclamaban el trono de Maharion, pero ninguno pudo conservarlo, y las disputas de los pretendientes dividie-

ron todas las lealtades. No quedó nada de aquella mancomunidad, ni nada de justicia, únicamente la voluntad de los ricos. Hombres de casas nobles, comerciantes y piratas, cualquiera que pudiera contratar soldados y magos se llamaba a sí mismo un Señor, reclamando tierras y ciudades como de su propiedad. Los señores de la guerra convertían a aquellos a quienes conquistaban en esclavos, y aquellos a quienes contrataban eran realmente esclavos, que servían a sus señores únicamente para que los protegieran de los rivales que se apoderaban de las tierras, y de los piratas que atacaban los puertos por sorpresa, y de las bandas y las hordas de hombres anárquicos y miserables quienes, desposeídos de su medio de vida, habían sido impulsados por el hambre a asaltar y a robar.

El libro de la oscuridad, escrito a finales de la época sobre la cual cuenta, es una recopilación de historias contradictorias, biografías parciales y leyendas confusas. Es el mejor de los informes que ha sobrevivido a los Años Oscuros. En busca de alabanzas, no de historia, los señores de la guerra quemaron los libros de los cuales los pobres y los débiles podrían haber aprendido el significado del poder.

Cuando los libros del saber popular de un mago llegaban a manos de un señor de la guerra, éste seguramente los trataría con cuidado, guardándolos bajo llave para mantenerlos fuera de peligro o entregándoselos a un mago contratado por él para que hiciese lo que él quisiera con ellos. En los márgenes de los hechizos y de las listas de palabras, y en las guardas de estos libros del saber, un mago o su aprendiz podrían dejar constancia de una plaga, de una hambruna, de un ataque, de un cambio de señores, junto a los hechizos practicados en tales acontecimientos, y su éxito o su fracaso. Tales registros, sin orden ni concierto, revelan un momento de claridad aquí y allá, aunque todo lo que hay entre esos momentos es oscuridad. Son como atisbos de un barco iluminado a lo lejos en el mar, inmerso en la oscuridad, bajo la lluvia.

Y hay cantares, antiguas trovas y gestas de islas pequeñas y de las tranquilas tierras altas de Havnor, que cuentan la historia de aquellos años.

El Gran Puerto de Havnor es la ciudad que se encuentra en el corazón del mundo, llena de torres blancas sobre su bahía; en la torre más alta la espada de Erreth-Akbe refleja el primero y el último rayo de luz del día. Por esa ciudad pasa todo el comercio, el saber y el arte de Terramar, una riqueza no atesorada. Allí se encuentra el Rey, de vuelta tras la curación del Anillo, símbolo de curación. Y en esa ciudad, en este último tiempo, los hombres y las mujeres de las islas hablan con los dragones, en señal de cambio.

Pero Havnor también es la Gran Isla, una tierra amplia y fértil; y en las aldeas que se encuentran en el interior de los puertos, las tierras de labrantío de las colinas del Monte Onn, nunca nada cambia demasiado. Allí, un cantar que merezca ser cantado es muy probable que sea cantado nuevamente. Allí, viejos hombres se reúnen en la taberna para hablar de Morred como si lo hubieran conocido cuando ellos también eran jóvenes y héroes. Allí, las muchachas que van caminando a buscar las vacas para traerlas de regreso a casa cuentan historias sobre las mujeres de la Mano, quienes han sido olvidadas en todas las otras partes del mundo, incluso en Roke, pero que son recordadas por aquellos caminos y campos silenciosos y bañados por el sol, y también en las cocinas, en los hogares, donde las amas de casa trabajan y hablan.

En la época de los reyes, los magos se reunían en la corte de Enlad, y más tarde en la de Havnor, para asesorar al rey y aconsejarse mutuamente, utilizando sus artes para ir en pos de lo que creían que era bueno. Pero en los años oscuros, los magos vendieron sus habilidades al mejor postor, enfrentando sus poderes unos contra otros en duelos y combates de hechicería, indiferentes a los males que estaban

causando. Plagas y hambruna, la pérdida de manantiales de agua, veranos sin lluvia y años sin verano, el nacimiento de enfermizas y monstruosas crías de ovejas y de ganado vacuno, el nacimiento de enfermizos y monstruosos niños de la gente de las islas: se acusaba de todas estas cosas a las prácticas de magos y brujas y, por desgracia, la gran mayoría de las veces con justa razón.

Por lo tanto, la práctica de hechicería se convirtió en algo peligroso, excepto bajo la protección de un poderoso señor de la guerra; y aun así, si un mago se encontraba con otro cuyos poderes eran mayores que los suyos, podía ser destruido. Y si un mago bajaba la guardia cuando se encontraba entre la gente normal, ellos también intentarían destruirlo si podían, ya que lo veían como la causa de los peores males que sufrían, un ser maligno. En aquellos años, en las mentes de mucha gente, toda magia era negra.

Fue entonces cuando la hechicería que se practicaba en las aldeas, y sobre todo, la brujería de las mujeres, adquirió la mala reputación de la que no ha podido desprenderse desde entonces. Las brujas pagaban gustosamente para practicar las artes que pensaban eran las suyas propias. El cuidado de las bestias y de las mujeres embarazadas, los nacimientos, la enseñanza de gestas y ritos, la fertilidad y el orden de los campos y de los jardines, la construcción y el cuidado de la casa y de sus muebles, la extracción de minerales y metales, estas grandes cosas siempre habían estado a cargo de las mujeres. Una rica tradición popular de hechizos y encantos era compartida por las brujas para asegurar el buen resultado de tales tareas. Pero cuando las cosas salían mal en un nacimiento, o en el campo, sólo era culpa de las brujas. Y las cosas salían con frecuencia más mal que bien, con los magos luchando unos contra otros, utilizando venenos y maldiciones despiadadamente para ganar una ventaja inmediata sin pensar en lo que vendría

después. Trajeron sequías y tormentas, plagas, incendios y enfermedades a lo largo y ancho de las tierras, y la bruja de la aldea era castigada por ellos. No sabía por qué sus ensalmos de curación provocaban que la herida se convirtiera en gangrena, por qué el niño que había traído al mundo era imbécil, por qué sus bendiciones parecían quemar la semilla en los surcos y pudrir la manzana en el árbol. Pero alguien tenía que ser culpado por estas desgracias: y la bruja o el hechicero estaban allí, allí mismo, en la aldea o en el pueblo, no en el castillo o en la fortaleza del señor de la guerra, protegidos por hombres armados y conjuros de defensa. Los hechiceros y las brujas eran ahogados en los pozos envenenados, quemados en los campos secos, enterrados vivos para hacer que la tierra muerta fuera fértil otra vez.

Así que la práctica de su tradición popular y su enseñanza se habían convertido en algo peligroso. Quienes emprendían tales tareas eran, generalmente, los que ya eran unos marginados, lisiados, trastornados, aquellos que no tenían familia o eran viejos, mujeres y hombres que tenían poco que perder. Los hombres sabios y las mujeres sabias, en quienes se depositaba la confianza y a quienes se veneraba, cedieron el paso al linaje de los embusteros e impotentes hechiceros de aldea con sus engaños y a las brujas arpías con sus pociones utilizadas en beneficio de la lujuria, de los celos y de la malicia. Y el don de un niño para la magia se convirtió en algo a lo que temer y esconder.

Éste es un cuento de aquella época. Parte de él está sacada de *El libro de la oscuridad*, y parte viene de Havnor, de las granjas de las Tierras Altas de Onn y de los bosques de Faliern. Una historia puede componerse de tales trozos y fragmentos, y a pesar de que será un amplio edredón, hecho mitad de habladurías y mitad de conjeturas, aun así puede ser lo suficientemente verdadera. Es un cuento que habla

de la Fundación de Roke, y si los Maestros de Roke dicen que no sucedió así, dejemos que sean ellos quienes nos cuenten entonces cómo ocurrió. Porque hay una nube suspendida sobre la época en que Roke se convirtió primero en la Isla de los Sabios, y puede ser que los hombres sabios la hayan puesto allí.

II

Nutria

*En nuestro arroyo había una nutria
Que la apariencia de todo mortal adoptaría,
Cualquier hechizo de magia haría,
Y las lenguas del hombre y del pato hablarían.
Y así el agua se va, se va,
Así el agua se va.*

Nutria era el hijo de un constructor de barcos que trabajaba en los astilleros del Gran Puerto de Havnor. Su madre le había puesto ese nombre campestre; era una granjera de la aldea de Endlane, al noroeste del Monte Onn. Había ido a la ciudad en busca de trabajo, como muchos otros. Un hombre decente con un oficio decente en épocas turbulentas, el constructor de barcos y su familia no querían darse cuenta temiendo que eso les trajera algún dolor. Así pues, cuando quedó bien claro que el niño tenía un don especial para la magia, su padre intentó quitárselo a fuerza de golpes.

—También podrías golpear una nube para que lloviera —le decía la madre de Nutria.

—Ten cuidado de no meterle a golpes la maldad en el cuerpo —le decía su tía.

—¡Ten cuidado de que no haga un hechizo y te golpee él a ti con el cinturón! —le decía su tío.

Pero el niño no utilizaba trucos contra su padre. Recibía las palizas en silencio y aprendía a ocultar su don.

No le parecía que fuera para tanto. Era tan fácil para él hacer que una luz plateada brillara en una habitación oscura, o encontrar un alfiler perdido sólo con pensar en él, o enderezar una juntura combada pasando sus manos sobre la madera y hablándole, que no entendía por qué hacían tanto alboroto por esas cosas. Su padre se enfurecía con él por sus «atajos», incluso lo golpeó una vez en la boca cuando Nutria le estaba hablando a su tarea, e insistió en que hiciera su trabajo de carpintería con herramientas, y en silencio.

Su madre trataba de explicarle:

—Es como si hubieses encontrado una gran joya —le decía—, ¿y qué podría hacer uno de nosotros con un diamante más que ocultarlo? Cualquiera que sea más rico que nosotros para comprarlo es lo suficientemente fuerte como para matarte con el fin de conseguirlo. Manténlo oculto. ¡Y mantente alejado de la gente poderosa y de sus hombres astutos!

«Hombres astutos» era como llamaban a los magos en aquella época.

Uno de los dones del poder consiste en reconocer el poder. Un mago reconoce a otro mago, a menos que la ocultación sea muy hábil. Y el niño no tenía ninguna habilidad, excepto en el campo de la construcción de barcos, del cual era un alumno prometedor cuando tenía doce años. Aproximadamente para esa época, la comadre que había ayudado a su madre en su nacimiento visitó a sus padres y les dijo:

—Dejad que Nutria venga a verme por las noches después del trabajo. Debería aprender los cantares y estar preparado para el día de su nombramiento.

No vieron ningún problema en eso, ya que había hecho lo mismo por la hermana mayor de Nutria, así que sus padres lo enviaban con ella todas las noches. Pero ella le enseñó a Nutria más que la canción de la Creación. Ella sabía de su don. Ella y algunos hombres y mujeres como ella, gente

que no era para nada conocida y algunos de reputaciones dudosas, tenían todos en alguna medida ese mismo don; y compartían, en secreto, el saber y las habilidades que poseían.

—Un don sin enseñanza es como un barco sin timón —le dijeron a Nutria, y le enseñaron todo lo que sabían. No era mucho, pero había algunos de los cimientos de las altas artes entre sus conocimientos; y a pesar de que se sentía intranquilo por estar engañando a sus padres, no podía resistirse a aquel conocimiento, ni a la amabilidad y a los elogios de sus pobres maestros—. No te hará daño alguno si nunca lo utilizas para hacer daño —le dijeron, y a él no le costó nada prometerles esto.

En el arroyo Serrenen, cuando sus aguas pasaban junto al muro del norte de la ciudad, la comadre le dio a Nutria su verdadero nombre, con el cual es recordado en islas lejanas de Havnor.

Entre esta gente había un anciano a quien llamaban, entre ellos, el Cambiador. Le enseñó a Nutria unos cuantos sortilegios; y cuando el niño tenía aproximadamente quince años, el anciano lo sacó de la ciudad y lo adentró en los campos que estaban junto al Serrenen para enseñarle el único hechizo de verdadera transformación que él conocía. «Primero quiero ver cómo conviertes aparentemente ese arbusto en un árbol», le dijo, e inmediatamente Nutria lo hizo. La ilusión se le daba tan bien al niño que el anciano comenzó a alarmarse. Nutria tuvo que rogarle y camelarlo para que siguiera enseñándole; finalmente tuvo que prometerle, jurando por su propio nombre verdadero y secreto, que si aprendía el hechizo más importante del Cambiador, nunca lo utilizaría a menos que fuera para salvar una vida, la suya o la de otro.

Entonces el anciano se lo enseñó. Pero no servía de mucho, pensó Nutria, ya que tenía que ocultarlo.

Lo que aprendía trabajando con su padre y con su tío en el astillero al menos podía utilizarlo; y se estaba convir-

tiendo en un buen artesano, incluso su padre lo admitía.

Losen, un pirata que se llamaba a sí mismo el Rey del Mar Interior, era en aquel entonces el señor de la guerra más poderoso de la ciudad y de todo el este y el sur de Havnor. Exigía tributo de aquel rico dominio y lo gastaba en aumentar su soldadesca y las flotas que enviaba para tomar esclavos y botines de otras tierras. Como decía el tío de Nutria, mantenía a los constructores de barcos ocupados. Éstos estaban agradecidos de tener trabajo en una época en la cual los hombres que buscaban trabajo únicamente encontraban miseria, y las ratas corrían de aquí para allá en las cortes de Maharion. Realizaban un trabajo honesto, decía el padre de Nutria; para qué se utilizaba ese trabajo no era asunto de ellos.

Pero las otras cosas que aprendía estaban convirtiendo a Nutria en alguien muy susceptible en estos asuntos, delicado de conciencia. La gran galera que estaban construyendo ahora sería llevada a remo a la guerra por los esclavos de Losen y regresaría con más esclavos como cargamento. Le indignaba pensar en el buen barco realizando una tarea tan despiadada.

—¿Por qué no podemos construir botes de pesca, como lo hacíamos antes? —preguntaba.

Y su padre le decía:

—Porque los pescadores no pueden pagarnos.

—No pueden pagarnos tanto como Losen. Pero podríamos vivir —argumentó Nutria.

—¿Crees que puedo desobedecer la orden del Rey? ¿Quieres ver cómo me envían a remar con los esclavos de la galera que estamos construyendo? ¡Usa tu cabeza, niño!

Así que Nutria siguió trabajando con ellos con la mente despejada y el corazón enfadado. Estaban atrapados. ¿De qué sirve el poder, pensaba, si no es para salir de una trampa?

Su conciencia de artesano no le permitía dañar la carpin-

tería del barco de ninguna manera; pero su conciencia de mago le decía que podía poner un maleficio, una maldición justo dentro de sus vigas y de su casco. ¿Seguro que eso era utilizar el arte secreto para una buena causa? Para hacer daño, sí, pero sólo para hacerle daño a los dañinos. No le habló a sus maestros acerca de todo eso. Si estaba haciendo algo malo, no era culpa de ninguno de ellos y ninguno sabría nada acerca de eso. Pensó en todo aquello durante mucho tiempo, planeando cómo hacerlo, elaborando el hechizo con mucho cuidado. Era el reverso del conjuro que se realiza para encontrar algo, un encantamiento para perder algo, se decía a sí mismo. El barco flotaría, funcionaría sin ningún problema, y podría timonearse bien, pero su rumbo nunca sería el deseado.

Era lo mejor que podía hacer como protesta contra el uso indebido del buen trabajo y de un buen barco. Estaba contento consigo mismo. Cuando el barco fue botado (y todo parecía andar bien, ya que su falla no se haría evidente hasta que estuviera bien adentrado en el mar) no pudo evitar contarle a sus maestros lo que había hecho: el pequeño círculo de ancianos y comadres, el joven encorvado que podía hablar con los muertos, la muchacha ciega que sabía los nombres de las cosas. Les contó el truco que había hecho, y la muchacha ciega se rió, pero los ancianos le dijeron:

—Ten cuidado. Mantén-te oculto.

Al servicio de Losen había un hombre que se hacía llamar Sabueso, porque, como él decía, tenía olfato para detectar la brujería. Su trabajo consistía en olfatear la comida y la bebida de Losen, sus prendas de vestir y sus mujeres, cualquier cosa que pudiera ser utilizada en su contra por magos enemigos, y también inspeccionar sus buques de guerra. Un barco es algo frágil en un elemento peligroso, vulnerable a

hechizos y a maleficios. Tan pronto como Sabueso estuvo a bordo de la nueva galera, olió algo.

—Bueno, bueno —dijo—, ¿de quién es esto? —Caminó hasta el timón y posó una mano sobre él—. Esto sí que es ingenioso —dijo—. Pero ¿quién es? Un recién llegado, supongo. —Olfateó atentamente—. Muy ingenioso —repitió.

Llegaron a la casa del constructor de barcos después del anochecer. Patearon la puerta hasta derribarla y entraron, y Sabueso, de pie entre los hombres armados y con armaduras, dijo:

—Él. Dejad a los otros. —Y, con una voz suave y amigable, le dijo a Nutria—: No te muevas.

Podía percibir el gran poder que poseía el joven, lo suficiente como para tenerle un poco de miedo. Pero la angustia de Nutria era demasiado profunda y su entrenamiento demasiado primitivo como para permitirle pensar en utilizar la magia para liberarse o detener la brutalidad de los hombres. Se abalanzó sobre ellos y los atacó, y se defendió como un animal hasta que lo golpearon en la cabeza. Al padre de Nutria le rompieron la mandíbula y golpearon a su tía y a su madre hasta dejarlas inconscientes para enseñarles a no criar hombres astutos. Luego se llevaron a Nutria.

Ni una sola puerta se abrió en la estrecha calle. Nadie miró hacia fuera para ver qué eran aquellos ruidos. No hasta bastante después de haberse ido los hombres. Entonces, algunos vecinos salieron con sigilo de sus casas para consolar como pudieron a la gente de Nutria. «¡Oh, esta hechicería es una maldición, una maldición!», decían.

Sabueso le dijo a su señor que tenían al hechicero en un lugar seguro, y Losen preguntó:

—¿Para quién estaba trabajando?

—Trabajaba en su astillero, su alteza. —A Losen le gustaba que se dirigieran a él con títulos nobiliarios.

—¿Quién lo contrató para que le hiciera un maleficio al barco, estúpido?

—Parece que fue idea suya, su majestad.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que iba a conseguir con ello?

Sabueso se encogió de hombros. Prefirió no decirle a Losen que la gente lo odiaba desinteresadamente.

—Dices que es astuto, ¿puedes utilizarlo?

—Puedo intentarlo, su alteza.

—Domínalo o entiérralo —dijo Losen, y pasó a ocuparse de asuntos más importantes.

Los humildes maestros de Nutria le habían enseñado el valor del orgullo. Habían inculcado en su interior un profundo desdén para con los magos que trabajaban para hombres como Losen, permitiendo que el miedo o la ambición pusieran la magia al servicio de objetivos perversos. Nada, en su mente, podía ser más despreciable que una traición semejante a su arte. Así que le molestaba no poder despreciar a Sabueso.

Había sido encerrado en el almacén de uno de los antiguos palacios de los que Losen se había apropiado. No tenía ventanas, la puerta estaba atrancada con troncos de roble y barras de metal, y se habían lanzado conjuros sobre aquella puerta que hubieran mantenido cautivo a un mago mucho más experimentado que él. Había hombres con grandes poderes y habilidades al servicio de Losen.

Sabueso no se consideraba uno de ellos. «Todo lo que tengo es olfato», decía. Visitaba a Nutria diariamente para ver cómo se recuperaba de su conmoción cerebral y de su hombro dislocado, y también para hablar con él. Por lo que Nutria podía intuir, tenía buenas intenciones y era honesto.

—Si no quieres trabajar para nosotros, te matarán —le dijo—. Losen no puede tener a tipos como tú sueltos. Será mejor que accedas a trabajar para él mientras te acepte.

—No puedo.

Nutria dijo esto como si fuera un hecho desafortunado, no como una afirmación moral. Sabueso lo miró con aprecio. En tanto vivía con el rey de los piratas, estaba cansado de las fanfarronadas y de las amenazas, de los fanfarrones y de los amenazadores.

—¿Cuál es tu fuerte?

Nutria era reacio a responder. Sabueso le caía bien, pero no tenía por qué confiar en él.

—Cambiar las formas de las cosas —masculló por fin.

—¿Transformándolas?

—No. Sólo trucos. Convertir una hoja en una moneda de oro. Aparentemente.

En aquella época no tenían nombres fijos para las varias clases y artes de la magia, ni tampoco eran claras las conexiones entre tales artes. No había —según dirían más tarde los hombres sabios de Roke— ninguna ciencia en lo que sabían. Pero Sabueso estaba bastante seguro de que su prisionero estaba ocultando sus talentos.

—¿Puedes cambiar tu propia forma, aunque sea aparentemente?

Nutria se encogió de hombros.

Le costaba mucho mentir. Creía que se sentía incómodo al hacerlo porque no tenía práctica. Pero Sabueso lo tenía más claro. Sabía que la propia magia se resiste a la mentira. Los conjuros, los juegos de manos y el comercio falso con los muertos son falsificaciones para la magia, cristal para el diamante, latón para el oro. Son fraudes, y en esa tierra florecen mentiras. Pero el arte de la magia, a pesar de poder ser utilizado con fines falsos, trata con lo que es real, y las palabras con las que trabaja son las palabras de la verdad. Por lo

tanto, a los verdaderos magos les resulta difícil mentir acerca de su arte. En sus corazones saben que su mentira, una vez pronunciada, puede cambiar el mundo.

Sabueso sentía pena por él.

—Sabes, si fuera Gelluk el que te estuviera interrogando, te sacaría todo lo que sabes con tan sólo una o dos palabras, y te dejaría temblando. He visto lo que el viejo Cara Pálida deja tras de sí cuando él hace las preguntas. Escucha, ¿puedes cambiar el viento de alguna manera?

Nutria dudó unos segundos y luego dijo:

—Sí.

—¿Tienes una bolsa?

Los que trabajaban con el clima solían llevar consigo un saco de cuero en donde decían que guardaban los vientos, y lo desataban para dejar salir un viento bueno, o para capturar uno contrario. Tal vez era sólo para impresionar, pero todos los que trabajaban con el clima llevaban un inmenso saco o una pequeña bolsa.

—En casa —dijo Nutria. No era una mentira, tenía una bolsa en casa. En ella guardaba las mejores herramientas y el nivel de carpintero. Y tampoco estaba mintiendo del todo acerca del viento. Varias veces se las había arreglado para traer un poco de viento mágico cuando paseaba en un barco de vela, a pesar de que no tenía idea de cómo combatir o de cómo controlar una tormenta, lo cual debe saber el que trabaja con el clima en un barco. Pero pensó que prefería hundirse en un vendaval antes que ser asesinado en aquel agujero.

—¿Y no estarías dispuesto a utilizar esa habilidad al servicio del rey?

—En Terramar no hay ningún rey —dijo el joven, severamente y con sinceridad.

—Al servicio de mi señor, entonces —se corrigió Sabueso, paciente.

—No —dijo Nutria, y vaciló. Sintió que le debía una ex-

plicación a aquel hombre—. Verás, no lo haré porque no puedo. Pensé en hacer tapones en la cubierta de aquella galera, cerca de la quilla, ¿sabes a qué me refiero con tapones? Actuarían como lo hacen las cuadernas cuando la galera se adentra en un mar turbulento. —Sabueso asintió con la cabeza—. Pero no pude hacerlo. Soy un constructor de barcos. No puedo construir un barco para que se hunda. Y con hombres a bordo. Mis manos no quisieron hacerlo. Así que hice lo que pude. Hice que la nave siguiera su propio rumbo. No el rumbo del rey.

Sabueso sonrió.

—De todas maneras todavía no han deshecho lo que tú hiciste —dijo—. El viejo Cara Pálida recorrió todo el barco gateando, gruñendo y refunfuñando. Ordenó que cambiaran el timón. —Estaba hablando del mago más poderoso de Losen, un hombre pálido que provenía del norte, llamado Gelluk, alguien muy temido en Havnor.

—Con eso no basta.

—¿Podrías deshacer el hechizo que le hiciste al barco?

El joven rostro de Nutria, cansado y maltratado, reveló un atisbo de autocomplacencia.

—No —contestó—. No creo que nadie pueda hacerlo.

—Qué pena. Podrías haber utilizado eso para negociar.

Nutria no dijo nada.

—Ahora el olfato es algo útil, algo que puede venderse. —Sabueso continuó—: No es que esté buscando competencia, pero un descubridor siempre puede encontrar trabajo, según dicen... ¿Alguna vez has estado en una mina?

Las conjeturas de un mago se acercan al conocimiento, aunque él puede no saber qué es lo que sabe. El primer indicio del don de Nutria, cuando tenía dos o tres años, fue su capacidad para encontrar inmediatamente algo perdido, un clavo que se había caído en algún sitio, una herramienta extraviada, tan pronto como entendía la palabra que designa-

ba al objeto. Y, siendo niño, uno de sus más anhelados placeres había sido salir solo por el campo y pasearse por los caminos o sobre las colinas, sintiendo a través de las plantas de sus pies desnudos y por todo su cuerpo las venas de agua que pasaban bajo tierra, los filones y los nudos de los minerales, los cimientos y los pliegues de las distintas clases de rocas y de suelos. Era como si caminara sobre un gran edificio, viendo sus corredores y sus habitaciones, las entradas a amplias cavernas, el brillo de las ramificaciones de plata en las paredes; y a medida que iba avanzando, era como si su cuerpo se convirtiera en el cuerpo de la tierra, y llegara a conocer sus arterias y sus órganos y sus músculos como a los suyos propios. Este poder había sido un regocijo para él cuando era niño. Nunca había intentado utilizarlo para nada. Había sido su secreto.

No contestó a la pregunta de Sabueso.

—¿Qué hay debajo de nosotros? —Sabueso señaló el suelo, pavimentado con desaparejas lozas de pizarra.

Nutria se quedó en silencio durante un rato. Luego dijo en voz muy baja:

—Arcilla y grava, y debajo de eso la roca, que contiene granates. Por debajo de toda esta parte de la ciudad hay este tipo de roca. No sé los nombres.

—Puedes aprenderlos.

—Sé cómo construir barcos, cómo navegar los barcos.

—Te irá mejor si te alejas de los barcos, de todas las luchas y los ataques. El rey está trabajando en las viejas minas de Samory, al otro lado de la montaña. Allí estarías alejado de él. Tienes que trabajar para el rey, si quieres permanecer con vida. Me ocuparé de que te envíen allí. Si es que quieres ir.

Después de unos instantes de silencio, Nutria dijo:

—Gracias. —Y alzó la vista para mirar a Sabueso, una mirada breve, inquisitiva y crítica.

Sabueso le había hecho su prisionero, se había quedado

de pie observando cómo golpeaban a su familia hasta dejarlos inconscientes, no había hecho nada para detener las palizas. Sin embargo, hablaba como un amigo. ¿Por qué?, preguntaba la mirada de Nutria. Sabueso le contestó.

—Los hombres astutos necesitamos permanecer unidos —dijo—. Los hombres que no poseen ningún arte, únicamente riqueza, nos enfrentan unos a otros para su beneficio, no para el nuestro. Les vendemos nuestro poder. ¿Por qué lo hacemos? Si siguiéramos nuestro propio camino unidos nos iría mejor, tal vez.

Sabueso tenía buenas intenciones al enviar al joven a Samory, pero no entendió la cualidad de la voluntad de Nutria. Ni tampoco lo hizo el propio Nutria. Estaba demasiado acostumbrado a obedecer a otros como para ver que de hecho siempre había seguido su propio instinto, y era demasiado joven para creer que algo de lo que hiciera podría matarlo.

Planeó, tan pronto como lo sacaron de su celda, utilizar el sortilegio del anciano Cambiador para la autotransformación, y así escapar. No había duda de que su vida estaba en peligro, y estaría bien utilizar el hechizo, ¿no? El único problema fue que no pudo decidir en qué convertirse —en un pájaro o en una nube de humo—, ¿qué sería lo más seguro? Pero mientras estaba pensando en aquello, los hombres de Losen, acostumbrados a los trucos de los magos, le pusieron droga en la comida y dejó absolutamente de pensar. Lo arrojaron como a un saco de avena en una carreta tirada por mulas. Cuando mostraba indicios de estar reponiéndose, uno de ellos le daba un golpe en la cabeza, diciendo que quería asegurarse de que descansara bien.

Cuando volvió en sí, sintiéndose mal y débil a causa de la droga y con un terrible dolor de cabeza, estaba en una habitación con paredes de ladrillo y ventanas enladrilladas. La

puerta no tenía rejas ni ninguna cerradura a la vista. Pero cuando intentó ponerse de pie sintió que unas cadenas de hechicería retenían su cuerpo y su mente, resistentes, tensas, tirantes, cuando se movía. Pudo ponerse de pie, pero no podía dar ni un paso para llegar a la puerta. Ni siquiera podía estirar la mano. Era una sensación horrible, como si sus músculos no fueran suyos. Volvió a sentarse y trató de tranquilizarse. Las cadenas de hechicería alrededor de su pecho no le permitían respirar profundamente, y su mente también parecía estar sofocada, como si sus pensamientos estuvieran agolpados en un espacio demasiado pequeño para todos ellos.

Después de un buen rato, la puerta se abrió y entraron varios hombres. No pudo hacer nada contra ellos mientras lo amordazaban y le ataban los brazos en la espalda.

—Ahora no tejerás encantos ni pronunciarás maleficios, muchacho —le dijo un hombre fuerte y corpulento, con el rostro muy arrugado—, pero puedes asentir lo suficientemente bien con la cabeza, ¿verdad? Te han enviado aquí como a un zahorí. Si eres un buen zahorí, te alimentarás bien y dormirás con facilidad. Cinabrio, para eso tienes que asentir. El mago del Rey dice que todavía está aquí, en alguna parte de estas antiguas minas. Y lo quiere. Así que es mejor para todos encontrarlo. Ahora te llevaré hasta afuera. Es como si yo fuera el descubridor de agua y tu fueras mi vara, ¿entiendes? Tú me guiarás. Y si quieres tomar un camino, o tomar otro, me lo indicas suavemente con la cabeza, ¿entiendes? Y cuando sepas que el mineral está bajo tierra, pisoteas ese lugar. Bien, ése es el trato, ¿sí? Y si juegas limpio, yo también lo haré, ¿entiendes?

Esperó a que Nutria asintiera con la cabeza, pero Nutria permaneció inmóvil.

—Estás de mal humor —dijo el hombre—. Si no te gusta este trabajo, siempre está el horno.